



LOS ÁLAMOS DE CRISTO

(Estampas de un camino)

A mi amigo Lolo Sallavera, in memoriam

Si la infancia tuviera forma de un camino, el de la mía sería como una cinta ondulada y feliz que se alarga hacia el oeste de mi pueblo natal, una línea polvorienta rodeada de árboles y anónimas paredes en las que se posaba, a veces, un blando sol de limón y vainilla que alegraba a los lagartos y a los erizos de la primavera. La mía fue una niñez casi de cuento: una infancia sencilla moldeada por la atmósfera de un amor transparente compartido con los otros, con los vecinos y amigos de mi barrio, un amable rincón barnizado de alegría y de un sosiego cargado de quietud. La magia empezaba al oeste de mi calle, poco más allá de la Cruz de la Dehesa. Allí había un sendero que a mí me fascinaba. Por ese camino, o cinta del ayer (la que conduce a la Zarza y la Bozuela), se adentraba el niño que fui con otros chicos a los que también gustaba la aventura. Recuerdo, muy especialmente, a uno de ellos: mi buen amigo Lolo Sallavera, fallecido hace ya muchos años por desgracia.

Lolo era un chaval muy afable y divertido, y tenía un corazón enorme, abierto al campo, en el que anidaba una tímida inocencia que sonaba en mi espíritu como una de esas campanillas que, antaño, vibraban a la hora del recreo o una de aquellas esquilas melódicas que, a mediados de mayo, tras el esquila, cruzaban los campos, la mágica dehesa impregnándolo todo de un embrujo añil. Lolo y yo conocíamos ese sonido. Cada dos por tres estábamos en el campo. Solíamos ir los dos a cazar lagartos o a por hierba para

los conejos de su corral, un espacio entrañable en el que jugábamos a veces al salir del colegio, vigilados casi siempre por su madre, Angelita, una mujer muy afectuosa a la que jamás conseguí ver enfadada, a pesar de las travesuras que liábamos. Yo era entonces pequeño (no tendría más de ocho años) y puedo decir que al lado de Lolo Sallavera viví experiencias infantiles inolvidables, la mayor parte de ellas ocurridas en el camino que encarna y motiva la esencia de esta historia, un relato que empieza el día que traspasé por primera vez el límite del barrio, simbolizado en la cruz de la dehesa, el final, por entonces, de mi pequeño territorio, mi diminuto universo familiar.

Aquel día, recuerdo, íbamos un enjambre de chiquillos, guiados por don Francisco, nuestro párroco, culminando el paseo en un bosquecillo de árboles, que, luego, llamé "Los álamos de Cristo", por la sensación agradable, casi mística, que experimenté en aquel espacio ameno, algo que explico en mi libro más reciente y que lleva, por cierto, el título citado. En este sentido, le debo a don Francisco el milagro que dentro de mí, y a la vez fuera, ocurrió aquella tarde hermosa y transparente donde se hizo presente la majestad de Dios.

Hay lugares que marcan, de un modo u otro, nuestras vidas, y, a veces, lo hacen de una manera dulce, como a mí me ocurrió en el lugar que he señalado. No sé si esto le ocurre a mucha gente, pero a mí me sucede que en el sitio donde palpo y

percibo mejor la esencia del Señor es en ciertos rincones de la Naturaleza. Siempre que piso el camino de la Zarza (el histórico y mítico camino de Santiago) siento una paz imposible de explicar, una serenidad honda e intangible que flota en el aire y brota de la tierra, de los huertos humildes, sencillos y franciscanos, donde cantan los pájaros con especial dulzura inundando mi pecho de una claridad sin mácula y una melancolía casi azul. En pocos lugares me siento tan a gusto, tan cerca de Dios y de los seres que no están, pero que van conmigo sin estar, atados a mi corazón como cometas de un tiempo cosido por las nubes y los vencejos mecidos por el fulgor de otros veranos. A veces, cuando paseo por el lugar que he citado antes, no muy lejos de la Zarza, oigo dentro y fuera de mí la voz crujiente de mi buen amigo Lolo Sallavera y creo percibir a lo largo, en lontananza, doblando algún breve recodo del camino, su silueta encorvada con un saco a sus espaldas, llevando el diario alimento a sus conejos.

Uno escribe de imágenes que no se alejan nunca, de voces y de nombres que habitan las calles de la sangre. Si yo no hubiera aspirado cuando niño esa paz olorosa a juncos y amapolas, ni hubiese sentido el silbo del alcaraván cuando iba con Lolo, mi amigo, a buscar hierba asistidos los dos por la magia del verano, no sería el escritor que soy, ni escribiría sobre una arboleda oculta en mi niñez, donde los chopos movidos por la brisa parecían escuchar las palabras del Señor, simbolizado por una enorme encina sobre la que se posaba una honda luz. Mi fe en la otra vida, en la existencia del Jesús, comenzó aquella tarde, ante "Los álamos de Cristo", en la compañía de don Francisco, el cura, a quien agradezco aquel paseo vespertino que tanto bien hizo en mí. Todo es azar, o puede que no sea así, y, en consecuencia, no existan las casualidades o coincidencias, sino que todo esté atado y bien escrito allá arriba en lo Alto, en los dominios del Señor, antes de que vengamos a esta realidad. Si miro hacia atrás y repaso los momentos lejanos y precisos que yo viví en ese camino escoltado de huertos y mágicas moreras, me doy cuenta de que fui un niño afortunado por haber tenido intuiciones y experiencias imposibles de ser abordadas desde la lógica.

Quizá fue por eso, aunque también hubo otros motivos, por los que decidí un día hablar con nuestro párroco, don Francisco Vigara, y le propuse hacer un libro que contara su vida desde varias perspectivas: la humana, la familiar y la religiosa. Tal vez fue por eso, para buscar explicaciones a través de su vida riquísima y muy intensa a lo que experimenté cuando era niño dentro del corazón de una arboleda en la que los álamos se erguían como apóstoles, elegantes y sublimes, en la claridad del cielo, escuchando a una encina movida por la brisa que simbolizaba la imagen del Señor.

Fue hermoso escribir la vida y las anécdotas de un cura rural atado a la luz de un pueblo durante unas décadas duras, muy difíciles, dibujadas en mi barrio de un aire fraternal. Don Francisco Vigara fue un faro para mí: él condujo mi infancia por el camino de la fe y yo me mecí en la luz de su palabra hilando las homilías dominicales para encontrarme con Dios aquí en la tierra. Todo eso, cosido a los juegos infantiles y a mis correrías ingenuas por el campo, consiguió que yo fuese un niño muy feliz en mitad de unos años tristes, de penurias que la gente salvaba lo mejor que iba pudiendo, a base de amor y resignación cristiana. Es verdad que los niños no éramos conscientes de eso, de aquella escasez económica, tan dura, que muchas familias humildes soportaban. Hoy pido perdón por no haberme dado cuenta y haber sido feliz al pie de la desgracia. Si pudiera cambiar mi felicidad lo haría y se la entregaría a otros que sufrieron. Cuando miro hacia atrás me avergüenzo mucho de eso, de haber sido alegre en medio de la oscuridad. Es verdad que ahora entiendo el dolor de aquellos años, la escasez de la gente, la pobreza de mi barrio, aunque todo se atenúa si pienso en el camino que me conducía a los Álamos de Cristo. Cada vez que lo piso, mi espíritu viaja a aquellos días, unos días esbozados por un lápiz de piedad, por un pincel delicado y transparente que me va dibujando al lado de otros niños (al pie de mi amigo Manolo Sallavera) caminando hacia un bosque ameno, casi místico, vestido por el resplandor de la inocencia y la evangélica pátina de Dios.

Alejandro López Andrada

